

El 6

FEDERICO ABAD

El 6 de Duque de Hornachuelos ya no existe. Allí íbamos a tomar unos medios a la salida del Palacio del Cine, que programaba una matiné de películas *S* y que también desapareció.

Lo atendía siempre el mismo camarero de blusón blanco, un hombre solícito y discreto. Servía con diligencia y gesto medianamente afable a las pandillas de jóvenes que nos pasábamos una hora frente a la misma copa, lo cual no cabría decir de tantos otros taberneros de la ciudad.

A los jóvenes nos gustaba ocupar los apartados de la taberna, donde podíamos mantener bulliciosas conversaciones sobre temas trascendentales (cabe señalar que por aquel entonces hasta los jóvenes frecuentábamos este tipo de temas).

Pero si uno iba sólo con la novia resultaba descortés ocupar un apartado. Entonces optábamos por quedarnos en alguno de los veladores del salón.

Por supuesto los parroquianos jamás abandonaban la barra, cuyo largo mostrador se extendía desde la entrada. Apoyados en el mármol blanco, parecían en todo momento muy ocupados en arreglar el mundo entre sorbo y sorbo de vino de la casa.

Un día estaba yo sentado con una muchacha ante uno de aquellos veladores, ella mirando hacia dentro y yo hacia fuera.

Hubo un instante en que interrumpí lo que me decía. “No te lo vas a creer”, musité estupefacto. “A uno de los clientes de ahí detrás se le ha caído el pantalón hasta los tobillos”.

Ella se volvió pero no llegó a verlo. Quizá fue que tardé en reaccionar. Porque aquel hombre, sin el menor aspaviento, sin dar mayores explicaciones a sus contertulios, se agachó, se subió los pantalones, los abrochó y aseguró el cinturón como si nada hubiese pasado, antes de tomar el siguiente trago de su catavino.

El 6 de Duque de Hornachuelos ya ha desaparecido. Pero cuando paso por delante del local abandonado recuerdo que en él fui testigo de uno de los mayores paradigmas de la elegancia.